

CAPITULO IX.

LOS ENFERMOS.

Por todos sus aspectos es digna de compasion la pobre especie humana; pero en el estado de enfermedad, no solo merece, sino que exige con los derechos de la caridad los mas empeñosos servicios del prójimo. Un enfermo, en cualquier grado de gravedad en que se suponga, está, de ordinario, caido de ánimo, faltó de fuerzas, triste, pensativo, indiferente al placer, y por lo comun descontento del servicio. Situacion delicada, que necesita mucho pulso para aprovecharse en beneficio espiritual del paciente, pero que al mismo tiempo no podrá sin culpa desaprovecharse. No puede concebirse cómo se ha resfriado tanto la caridad, ó cómo se ha sobrepuesto el cuerpo al espíritu, que sin escrúpulo se deje a los enfermos agravarse é imposibilitarse para hacer sus disposiciones cristianas, y perder sus almas, solo por un vano temor de que se agraven algo en sus padecimientos.

El propagador debe recordar siempre a sus amigos y a sus prójimos, que no hay un momento de vida seguro, pero mucho ménos para

los enfermos. De estos, hay unos atacados de males incurables, aunque lentos, y que, ó crecen paulatinamente, ó que de repente se agravan. En esta indisposicion para el placer; en esta incapacidad del trabajo que distrae, en esta necesaria ociosidad ó inaccion, ¡cuánto ganaria el cristiano, empleando el poco ó mucho tiempo que Dios le concede en procurar la salvacion de su alma! Pero no hay quien tal procure, y al contrario, se trata de divertirse, de disipar, de engañar al desgraciado paciente. Hay otros que yacen en la cama gravemente heridos de la enfermedad; y como es al hombre tan difícil persuadirse de la cercanía de la muerte; aunque sean personas cristianas, esperan el alivio para recibir los sacramentos, y aun alegan para no recibirlos, el mismo motivo que debiera obligar a procurarlos. Entónces los médicos (si acaso) hacen presente el riesgo; y si es que la familia con mil preámbulos lo dice al enfermo, éste quiere saber si el médico lo declara, ó quiere oirlo de su boca. De aquí las mentiras, las apretadas de manos, las invenciones ingeniosas, los apuros, y todo ¿por qué? porque ni el enfermo ni los de su familia tienen bastante fe y religiosidad para anteponer a todo la salvacion de una alma. ¿Qué resulta de aquí? La confesion atropellada, las disposiciones violentas y des-

acertadas, y que el enfermo, a buen componer, reciba una absolucion cuando tal vez no sabe lo que recibe. ¡Cuántos enfermos, y en estado muy grave, han sanado solo con el consuelo de haber arreglado sus conciencias! ¡Cuántos con la virtud maravillosa, que de fe divina creamos, que tiene el sacramento de la Extremauncion, han recobrado la salud!

Esto no es recomendar la brusca imprudencia ni el poco ó ningun tino con que se aterra algunas veces a los pobres pacientes. Ni se desaprueba, ántes se aconseja, que los domésticos se valgan del ministerio de sacerdotes expertos y duchos en casos como los que mencionamos; pero no se puede dejar sin su desaprobacion ese abandono absoluto de lo espiritual por lo temporal y carnal. El propagador debe visitar frecuentemente a sus amigos enfermos, hablarles de Dios y de sus misericordias, hacerles presentes los fines que el Señor se propone al privarlos de su salud que son seguramente la reforma de la moral y el arreglo previo de la conciencia; facilitar y recomendar a los sacerdotes mas caritativos y fervorosos, y aprovechar ciertas felices disposiciones con que Dios, por medio de la misma enfermedad, prepara a las almas para comunicarles su gracia; porque, en efecto, la enfermedad más nos humilla que nos abate; más

nos ablanda que nos aflige; más nos enternece que nos intimida; y más nos desprende de la vida que lo que nos hace temer la muerte. ¡Qué bellas oportunidades para trabajar en la salvacion de una alma!

Otra cosa. No todos los enfermos sucumben. Muchos libran de gravísimos peligros. Si en ellos no recibieron los sacramentos, cometieron un grave pecado contra el precepto que nos manda confesar y comulgar en peligro de muerte. Si recibieron los sacramentos, no permanecen en los propósitos que en la enfermedad formaron. Así es muy frecuente encontrar cristianos, que se han confesado: 1º, en la niñez; 2º, cuando se casaron, si no es que cometieron un fraude para hacer un sacrilegio; 3º, cuando estuvieron gravemente enfermos, si es que se acuerdan haberlo hecho, porque muchos, especialmente los febricitantes, lo olvidan enteramente. Con tales personas debe trabajar el propagador, procurando conseguir que las enfermedades no sean infructuosas, é inculcando esta verdad que enseña la experiencia, a saber: que Nuestro Señor, que misericordiosamente ha dado a muchos cristianos tiempo, razon y aun contricion en una enfermedad, no habiéndose aprovechado tan preciosos auxilios para mejorar la vida, en la última enfermedad han carecido de todos,

hasta de la voluntad de recibirlos, cuando se los ofrecian. ¡Terrible, pero innegable verdad!

Así, sean muy caritativos los propagadores con los enfermos, sea cual fuere su estado, entendiendo que es mucho el partido que se saca en favor de la moral, de los hombres atribulados, afligidos, pobres y enfermos; porque como David decia: *En la tribulacion invoqué al Señor. Cuando estaba atribulado el Señor me oyó.* El que quiera saber orar, que aprenda a padecer. El que quiera desprenderse del mundo, procure resignarse con sus enfermedades.

CAPITULO X.

LOS PRESOS.

Una de las muchas y convincentes pruebas del atraso de nuestra mezquina civilizacion es el estado miserable de nuestras prisiones. Esos hacinamientos de hombres infelices, medio desnudos, sucios, muertos de hambre, habitando lugares fétidos y malsanos, olvidados tal vez de sus jueces y detestados de la misma sociedad corrompida y desmoralizada de donde han sa-

lido. El número de estos desgraciados, comparado con el de la poblacion, escandaliza, y da la idea mas triste de las costumbres de un país exclusiva y generalmente católico. La clase de los delitos espanta y avergüenza a la gente honrada y cristiana, que no ve en nuestra justicia mas efecto que la venganza y nunca el remedio y la enmienda del criminal, que es siempre el principal objeto del castigo. En los países que se llaman libres é ilustrados se ven en las calles cuadrillas de hombres encadenados, que pierden enteramente la vergüenza con la publicidad de su pena, sin dar la menor muestra ni esperanza de arrepentirse y enmendarse de la maldad. ¡Cuántas consideraciones que reclaman a gritos por los auxilios temporales y espirituales de la caridad!

La ignorancia en que yacen los encarcelados pudiera en algun modo excusar sus delitos, porque si entre ellos se busca a los que sepan leer y escribir, muy pocos serán los que se encuentren. Los que conozcan y entiendan la doctrina cristiana, serán muchos ménos. El dia en que esto se escribe no es permitido a los párrocos ni a los sacerdotes ocurrir a las cárceles a enseñar a sus pobres moradores. El que lo pretendiera, seria un intruso, un conspirador, un enemigo de las leyes de reforma y de toleran-

cia, segun nuestros filósofos. Y en este mismo dia, está ampliamente facultado un propagandista protestante para entrar en las cárceles a enseñar sus errores. Estos son los consuelos que proporciona a sus infelices hijos una sociedad incrédula. ¿Qué podrá y deberá hacer una sociedad prácticamente cristiana?

A la ignorancia que entorpece en la prision las potencias de los hombres, se agrega el vicio capital de la ociosidad. Con excepcion de algunos pobres que tuercen pita, ó tejen hilo ó cerda, ó palma, ó se emplean en ruines y casi infructuosos trabajos; los demas están tendidos por los suelos húmedos é inmundos, cubiertos de insectos asquerosos, sin hacer cosa alguna, porque no hay quien piense y trabaje en establecer talleres, donde pudieran muchos ejercitar y aun aprender un oficio, con cuyos efectos se mantuvieran, hicieran sus economías; y al fenecer su condena se encontrarían con un pequeño capital, cuya falta, tal vez, los hizo cometer el crimen; y lo que seria mucho mejor, se hallarian habituados al trabajo. ¡Ojalá pudieran los propagadores desterrar de las prisiones estos dos grandes vicios, la ignorancia y la ociosidad! En una cárcel (y en tiempo en que se podia), convidó un sacerdote a todos los presos, que pasaban de cien, a confesarse y hacer

unos ejercicios espirituales. Y sucedió, cosa muy notable, que solo aceptaron aquel piadoso convite siete hombres, y estos eran, los únicos que sabian leer.

Otros vicios hay en las cárceles que seria vergonzoso é indigno el publicar; pero nadie extrañará el saber que el robo es allí muy comun entre los mismos presos. Las conversaciones obscenas é indecentes son la diversion. La mentira se fragua, se estudia, se aguza, aun con gravísimo perjuicio de terceros. Se proyectan las fugas, aun cuando para verificarlas sean precisos los asesinatos. Se aborrece a los jueces y ministros, como si no fueran los simples ejecutores de la justicia; y lo que es mucho peor y de horribles consecuencias, se trata de viciar a los no viciados, y la corrupcion mútua crece como una fermentacion infernal. Si despues de esto, los reos salen libres a las ciudades y caminos, como sucede de ordinario, por fugas, por empeños, por indultos, por cohechos y porque las revoluciones abren las cárceles y se sirven de los criminales, ¿quién se admira de que los pueblos y los caminos estén llenos de plagiarios y ladrones, y en las ciudades se cometa cada dia algun ó algunos asesinatos?

Es cosa triste y muy dolorosa mencionar tantos y tan graves males, sin poder en la ac-

tualidad apuntar los remedios, ó mostrar con firmeza al propagador los esfuerzos y diligencias que, en otras circunstancias, pudiera hacer en beneficio de estos prójimos; pero la caridad es ingeniosa y perseverante, y esta caridad no desaprovechará la ocasion, cuando llegue a presentarse. Si, por gran dicha, un gobernante ó cualquiera otra persona a quien sea posible, se convence de la necesidad de reformar nuestras cárceles desde los pisos hasta los techos, y de moralizar a los infelices presos, este gobernante, esta persona, que pueda verificarlo, harán sin duda un importantísimo servicio a la sociedad, y una obra muy agradable a Dios y muy meritoria.

En grande ó en pequeño; en lo privado ó en lo público; en el individuo ó en la clase, no desaproveche el propagador la menor oportunidad que se le ofrezca, de hacer de un preso un buen cristiano, y si posible fuere, un propagador de la moral entre sus compañeros de desgracia. ¡Oh si llegara este pequeño libro a entrar en todas las prisiones, y a producir con la gracia de Dios, todos sus efectos!

CAPITULO XI.

LOS ENGAÑADOS

Desde que hubo un hombre en el mundo, hubo un engañado, que fué Adan, por la serpiente. Despues no necesitó el demonio trabajar por sí mismo, sino que siempre tuvo ministros que le sirviesen en tan infame oficio; y hubo por consiguiente, y habrá muchos engañados, aun en el seno de la Iglesia, que por sí es columna y firmamento de la verdad. Por eso el propagador tendrá mucho bien que hacer con innumerables personas, que por su candor ó por su ignorancia, ó poca habilidad para deshacer los engaños, se han dejado seducir lamentablemente. Consideremos brevemente lo que es un engañador.

El que tan vil oficio profesa ó ejerce, es de ordinario un hombre vano y locuaz, que pretende pasar por sabio y erudito, por haber leído algunos opúsculos, ó folletos ó periódicos impíos. Un genio audaz é insubstancial, que jamas se ha dedicado a un estudio profundo y concienzudo de la religion y de la moral, y que se complace en escandalizar a las mujeres, a

los niños y a los cándidos. Un declamador sin lógica, que a roso y velloso, censura los defectos de los sacerdotes, a quienes califica en general de ignorantes y prostituidos; a la Iglesia, de cuyas venerables ceremonias se burla; a la virtud, cuyas obras desprecia y cuyos profesores no bajan un punto, en su concepto, de hipócritas, imbéciles, ilusos, retrógrados, obscurantistas y demas. Un hablador superficial, lleno de ignorancia y de orgullo, que nunca se olvida de ponerse a sí mismo por modelo, y de decir: que es verdadero católico, para bajo tal escudo blasfemar a su salvo y repetir las especies, que tantas veces se han rebatido victoriosamente. Un fiel discípulo de Voltaire, cuya máxima y consejo a sus compañeros, era aquello de *mentir y mas mentir, porque siempre algo queda*.

Las víctimas de estos engañadores son muchas; porque es propio de la condicion humana creer fácil y firmemente aquello que lisonjea nuestras pasiones, nuestros intereses y deseos. Por eso en religion y en política, las ideas son contagiosas. Ademas, la ignorancia general, la buena fe ó candor con que se oyen aseveraciones tan absolutas y atrevidas; las figuras poéticas, aunque tan gastadas, de los calumniadores; la religion que aparentan; los elogios de los

perversos y los vituperios a los virtuosos; todo concurre a que los simples se dejen engañar miserablemente, creyendo cuanto malo se dice de la religion, de la Iglesia, del sacerdocio, de las instituciones piadosas y hasta de los dogmas mas sagrados de la fe. Desde el principio de la Iglesia viene esta desgracia; pero en nuestros dias ha crecido de una manera lastimosa.

Se diluvio de periódicos, de novelas, de poesías de arengas y de toda clase de escritos impíos; irreligiosos é inmorales, que han difundido propagado la idea de la usura lícita; de la venganza, del desafío, del suicidio, y de todos los rrores y los crímenes; ¿qué dique puede tenerse no es el empeño de los propagadores en desengañar a los ilusos y preservar a los incautos? Los predicadores son pocos, y respectivamente son muchos ménos los oyentes. Si de estos se señalan los atentos y aprovechados, ¿cuántos serán? Tal vez no se encuentren dos entremil. Al paso que los propagadores del error y de la maldad son muchos, no cesan de trabar, seducen en lo público y en lo privado, hacen con el placer, con el regalo, con el convi, cuentan con fuertes apoyos y recursos, ¿Qué cederá con el cristianismo, si nuestro Señor obra con nosotros un prodigio de su misericordia, que nosotros desmerecemos cada

dia mas? No ocurre otro remedio sino que el que todos los que quieran ser verdaderos cristianos y proceder como discípulos de Jesucristo, reúnan sus esfuerzos, sus talentos, sus estudios, sus arbitrios, para hacer frente al error y libertar a cuantos se pueda del contagio mortal del engaño.

Nadie, si es verdaderamente creyente, puede mirar con indiferencia que su hermano se precipite en un abismo. Ese maldito sistema, que se llama tolerancia, no es mas que la estratagemia con que la impiedad pretende desarmar a la verdadera religion, y aun destruirla (si le fuese posible), para poder a mansalva propagar el error con la exigencia, con la crueldad, con la mentira, con la violencia y con todos los elementos infernales de que se ha valido en todos tiempos y en todas partes la incredulidad. El error y la maldad nunca pueden tolerarse sin ofender a la conciencia, a la verdad, a la razón, a la justicia, a Dios.

Cristianos ilustrados, que sabeis bastante para burlaros de los necios, que os llamabais escrutinistas: católicos verdaderos, que no emeis la mofa de los mundanos, ni os detenis por respetos ni temores de los hombres: sacerdotes y seglares, que veis cundir por todas partes el error y el engaño, no os avergonceis de consa-

graros a la santa *Propaganda*, por mas que haya querido hacerse odiosa esta palabra, solo cuando se trata de la fe y de la moral católica. En este único caso, la *Propaganda* es honrosa, santa, justa y digna de la racionalidad, del talento y de la virtud de un cristiano sincero. Contemos con Dios y con la gracia, primero que con otra cosa, y confiemos en la misericordia del Señor, que ha ilustrado a innumerables engañados.

CAPITULO XII.

LOS VICIADOS.

Es obra muy **difícil** convertir de una manera permanente a una persona dominada de un vicio por **mucho** tiempo; pero no por eso se ha de acobardar un propagador. Antes bien, cuanto mayores **la** necesidad, tanto mas empeñoso y constante **debe** ser su trabajo. Un vicio, cualquiera que **sea**, cuando se apodera de su víctima, se hace **una** necesidad, y hasta como una segunda **naturaleza**. Lástima causa el infeliz que se ha **dejado** dominar de una pasión des-

enfrenada ó de un pecado habitual. El no come, ni duerme, ni trabaja, ni descansa, ni se pasea, ni se divierte; sino pensando continuamente en sus propias cadenas en que se recrea locamente. El no siente en su corazon satisfaccion verdadera, ni reposo en sus deseos, ni hartura en sus sentidos, ni amor a la familia, ni gusto en la diversion, ni descanso en la noche, ni quietud en la conciencia, si no es, que se hayan extinguido hasta los remordimientos de ella. El de ordinario padece, no solo moralmente, sino aun corporalmente; y es lo mas comun, que su fisico se consume rápidamente, y viene a morir a manos del enemigo que halaga en su propio seno. Y un desgraciado que lo es tanto, ¿no merecerá los servicios cristianos de cualquier prójimo, y mucho más, los de un propagador?

El ebrio consuetudinario, se alimenta con los licores, perturba su razon, embota sus potencias, se prepara a cualquier crimen, se envilece ante sus semejantes, se hace detestable a los suyos, inútil para el trabajo, pronto para la riña; es blasfemo y desvergonzado, y acaba convulso, delirante ó ahogado de la manera mas lastimosa; ¿cómo se ha de dejar a un hombre en tal estado y con tanto peligro de su alma? El propagador deberá hacerle conocer en sus

momentos lúcidos, los males que sufre, los peligros a que se expone, la muerte que le espera, la condenacion que le amenaza. El propagador podrá hacerlo tomar unos ejercicios espirituales; escoger un confesor para frecuentar los sacramentos; apartarlo de las tabernas y malas amistades; hacerle leer libros buenos, y hasta ocurrir, si es preciso, a los remedios materiales que le hagan detestar el gusto de los licores.

El jugador, con pretexto de procurarse algun recurso ó de divertirse de alguna manera, consume los dias y las noches en las partidas ó garitos; quebranta su salud con las desveladas y falta de ejercicios corporales; acaba con su fortuna, grande ó pequeña; deja perecer en el hambre y la desnudez a una familia inocente; maldice y reniega cuando pierde; desperdicia cuando gana; aborrece todo trabajo y ocupacion, y tal vez se entrega al fraude, al robo, hasta que acaba de coime ó de ratero, ó de ladron de caminos, sin crédito, sin honra, sin conciencia, sin religion, sin disposicion para cosa buena. ¿No podrá un buen propagador hablar al alma de este hombre, procurarle diversiones inocentes, trabajos productivos, amigos ejemplares, lecturas cristianas con que volver a sí mismo y a una familia a un padre, a un hijo enajenado por el

Un miserable lujurioso, por cuyos ojos entran como a torrentes los malos pensamientos y carnales deseos siempre consentidos; que no puede ser ni marido fiel, ni hijo recogido, ni padre cristiano, ni jóven decente, ni hombre juicioso, ni viejo respetable, ni juez íntegro, ni superior autorizado, ni cristiano verdadero, porque le falta lo práctico; que consume su naturaleza como los cerdos; que no respeta ni matrimonio, ni virginidad, ni juventud, ni sexo, ni lugar, aun sagrado, y va a terminar su vida tristemente, podrido en un hospital, ¿no demanda a grito herido la misericordia y la caridad de un propagador, que beneficiará con la conversion del vicioso hasta la salud pública? Sí, el propagador celoso y caritativo le hará entender, que es una falsedad, un sofisma del vicio, tal y cual necesidad que el materialismo tiene por imprescindible; que el hombre que quiere ser casto, no pierde, ántes guarda su salud; que con los auxilios divinos, con la frecuencia de sacramentos, con el trabajo, el estudio y la templanza, se guarda muy fácilmente una perfecta castidad. ¡Oh! Cuántos bienes puede hacer el propagador en los viciosos! ¡Cuántos males puede evitar en semejantes!

¿qué podríamos discurrir por todos los vicios, muchos, en el hablar, en el pensar, en el

obrar, y en dejar de cumplir los deberes. Y si consiguiera el propagador siquiera minorar el número inmenso de los perezosos y vagos, ¡cuánto bien haria a la religion y a la patria! A esta patria tan destrozada, porque tiene, imita y aun excede en los vicios a muchos pueblos, sin tener alguna de sus virtudes, aunque fueran las puramente cívicas. El espíritu público, el amor sincero a la nacion, la ventajosa economía, el amor al trabajo, la proteccion al comercio, la despreocupacion para ejercer las artes, la mansedumbre y calma regional, el punto de honor, la lealtad en la palabra dada, la exactitud y órden en los negocios, el respeto a la propiedad pública ó privada, ¿son cosas que se pueden buscar en los mexicanos de nuestra época? Con perdon de todos, no. Luego mucho se necesita de la propagacion de la moral católica, sin la cual no puede haber verdadera moral pública ó civil.

CAPITULO XIII.

LOS RICOS Y PODEROSOS.

Cosa difícil es por lo comun, atreverse a hablarle a un rico ó a un poderoso de reformar la

vida ó de entregarse a la piedad. El respeto que se tiene a un rico raya en miedo, y mucho más cuando se teme que de un consejo se dé por ofendido, como suele suceder. Estas personas, aun cuando confiesan la necesidad y conveniencia de vivir cristianamente, responden a quien los exhorta, que conocen sus obligaciones, que no necesitan que se las adviertan, y que las cumplirán cuando convenga ó cuando quieran. Y es muy frecuente que, sin tener vicios, ni malas relaciones, ni obstáculo alguno, solo la pereza los hace vivir y morir descuidados: ¡cuánto más le conviene al hombre ser un pobre ó un miserable a quien nadie tema aconsejar y aun reprender!

La vida de los ricos se gasta tristemente ó en el trabajo, si cuidan por sí mismos de sus intereses; ó en el placer, el ocio y el fastidio, si entregan sus bienes a manos ajenas. En el primer caso, ¿para quién trabajan? ¿por quién se desvelan? ¿para qué se afanan? ¿Por qué olvidan su alma y el negocio importantísimo de su salvación? Todo por otro, para otro que vendrá después a disfrutar lo que aquel trabajó y a gastar locamente lo que costó tantas fatigas, sacrificios, economías y privaciones, y tal vez la salvación de una alma, de una persona cuya soberbia se hinchó más con las tímidas y bajas lisonjas de

los que debieron aconsejarla sin temor y con franqueza.

En el segundo caso, esto es, si el rico no trabaja, pasa una vida mas triste aún; porque nuestra alma es muy grande y nuestro corazón muy capaz, y nada puede satisfacer a la una ni llenar el otro, si no es Dios solo, su amor y su servicio. ¿Puede haber vida mas triste que la de aquel que no sabe que hacer de su tiempo? ¿Puede haber hastío mas penoso que el que se sigue a un día ó a una noche de placer ó diversion? ¿Qué comparacion tiene esto con el dulce descanso del hombre laborioso y templado? Con razon dijo el apóstol Santiago: *Aullad, ricos, en vuestras miserias*. Solo un medio hay que libre a los poderosos de estos extremos, y este medio no es otro que la virtud, las obras de caridad y los ejercicios de la piedad.

Un rico tiene mucho que temer del estado de su alma y de su salvación, porque gran razon tuvo Jesucristo para decir: *¡Ay de vosotros, ricos, porque ya recibisteis vuestro premio!* Grandes razones tuvo el Salvador para afirmar en otro lugar: *Que es mas fácil pasar un cable, ó como dice la letra, un camello por el ojo de una aguja, que hacer entrar a un rico por la puerta del cielo*. De estas razones es una, que es casi imposible allegar muchas riquezas sin cometer algunas ó

muchas injusticias. Otra: que no se considera, no se medita, y mucho ménos se cumple la obligacion de la limosna en su tanto, en su cualidad, en su modo, en su tiempo. Otra y otras mil razones habrá, pero no debe omitirse una muy notable é importante, porque no hay quien quiera y se atreva a hablar a los ricos de que arreglen sus negocios, sus conciencias, sus vidas, sus obras y se preparen para la eternidad. ¿Que dirá de esta razon el propagador? ¿No se moverá con ella a favorecer a los infelices ricos, que quieren pasar su gloria en este mundo sin pensar en la del otro?

Ricos fueron grandes hombres en el pueblo de Dios, de que nos habla el Antiguo Testamento. Ricos, tambien, muchos santos que refiere la Historia eclesiástica en el Nuevo. Hágase por caridad leer a los poderosos ú opulentos lo que unos y otros hicieron para agradar á Dios y salvarse; y sin mucho trabajo se convencerán é instruirán de lo que conviene practicar para quedar a cubierto de las terribles amenazas de Jesucristo. Este divino Señor fué quien dijo a los hombres: *De esos bienes de iniquidad haceos amigos* (socorriendo a los pobres) *que os reciban en los tabernáculos eternos.* Y en efecto, ¿qué cosa mas fácil a un hombre, que, no haciendo mal, ganarse el cielo con su dinero? Si este es bien ad-

quirido, ¿qué empleo mejor puede tener que la propia alma de su poseedor? Si es mal adquirido, ni hablemos de estos ricos, porque ellos son los que han cegado con el brillo del oro, los que se han dejado arrastrar a las mayores infamias, y no pensarán jamas en hacer bienes los que tanto se han desvelado por hacer tantos males. Mas fácil es que éntre un camello por el ojo de una aguja. Pero veamos, aunque en breve, lo que debe hacer un propagador.

Aconsejar a los ricos que reconozcan y examinen la justicia de sus posesiones; que arreglen con tiempo sus testamentos, advirtiendo que en nuestra actual legislacion ya no se pueden hacer compensaciones ni restituciones, porque la libertad y el progreso encadenan y registran las conciencias; que se cumpla con el precepto y rigurosa obligacion de la limosna, que todos quieren tener por obra supererogatoria; que se metodice la vida, dividiendo el tiempo entre el trabajo moderado y los ejercicios religiosos; por fin, que se cumpla con aquel consejo del Salmo: *Si las riquezas abundan, no apequeis a ellas vuestro corazon.*
